**LA PALABRA DE DIOS, FUENTE DE ESPERANZA**

En el sínodo de 2008 sobre la Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia, el obispo *Antons Justs* de Jelgava (Letonia) relató un recuerdo de un sacerdote letón que fue arrestado durante el régimen soviético por poseer una Santa Biblia. Para los agentes soviéticos, las Sagradas Escrituras eran un libro anti-revolucionario. Tiraron el libro al suelo y ordenaron al cura que lo pisara. Este no solamente se negó, sino que se arrodilló y lo besó. Por este gesto, fue condenado a diez años de trabajos forzados en Siberia. Diez años después, cuando regresó a su parroquia y celebró la Santa Misa, hizo la lectura del Evangelio. Al terminar, levantó el leccionario y proclamó: ¡Palabra de Dios! El pueblo dio gracias a Dios gritando. No se atrevieron a aplaudirle porque se hubiera interpretado como una nueva provocación. El obispo puso en contexto lo acaecido. En Letonia, durante la etapa soviética no se permitía la impresión de libros religiosos, ni de Sagradas Escrituras, ni catecismos. Se pensaba que si no había Palabra de Dios impresa tampoco habría religión. El pueblo letón hizo lo mismo que los cristianos del siglo I: se aprendieron pasajes de la Sagrada Escritura de memoria. Todavía hoy existe esa tradición oral. Decía: *“Hacemos procesiones y peregrinaciones, cantamos himnos y rezamos y proclamamos: «Esta es la Palabra de Dios», por la que nuestros abuelos murieron”*.

Este suceso me recordó el prólogo del papa Francisco para una Biblia alemana para jóvenes, publicada en el 2015. *“Quiero decirles una cosa: hoy, todavía más que en los inicios de la Iglesia, los cristianos son perseguidos; ¿cuál es la razón?”*, se preguntaba. *“Son perseguidos porque llevan una cruz y dan testimonio de Cristo; son condenados porque poseen una Biblia. Evidentemente la Biblia es un libro extremadamente peligroso, de tal riesgo que en ciertos países quien posee una Biblia es tratado como si escondiera en el armario una granada de mano”*. El Pontífice comentaba unas palabras que *Mahatma Gandhi* dijo una vez: *“A ustedes cristianos se les ha confiado un texto que tiene en sí la cantidad de dinamita suficiente para hacer explotar en mil pedazos toda la civilización, para poner al mundo del revés y llevar la paz en un planeta devastado por la guerra. Sin embargo, la tratan como si fuese simplemente una obra literaria, nada más”*.

*“¿Qué tienen ahora mismo en la mano? ¿Una obra maestra? ¿Una colección de antiguas y preciosas historias?”*, preguntaba de nuevo el Papa a los jóvenes. *“En ese caso, se necesitaría decir a muchos cristianos que se hacen encarcelar y torturar por la Biblia: <Realmente habéis sido necios y poco perspicaces; ¡es solo una obra literaria!>”*. *“No, con la Palabra de Dios la luz ha venido al mundo y nunca será apagada”*. Entre las manos tienen *“algo divino: un libro como fuego, un libro en el que Dios habla. Por eso recuerden: la Biblia no está hecha para ser puesta en una estantería, más bien está hecha para tenerla en la mano, para ser leída a menudo, cada día, tanto solos como en compañía”*.

El cristiano es aquel que afirma: *“tú eres mi refugio y mi escudo, yo espero en tu Palabra, Señor”* (Salmo 119, 114). La Palabra de Dios es fuente de esperanza. En esta charla expondré algunas ideas que avalan esta verdad y recordaré algunas ayudas para disfrutar de la Palabra de Dios, bendición divina que ilumina nuestro peregrinar terreno, nos consuela y acompaña, nos habla y cambia. *“Antorcha es tu palabra ante mis pasos, luz en mi sendero”* (Salmo 119, 105).

***Un consejo de san Pablo: mantener la esperanza con el consuelo de las Escrituras***

*“Pues, todo lo que se escribió en el pasado, se escribió para enseñanza nuestra, a fin de que a través de nuestra paciencia y del consuelo que dan las Escrituras mantengamos la esperanza”* (Romanos 15, 4). En la lectura atenta de la Sagrada Escritura, con la ayuda del Espíritu Santo, el cristiano afianza esas tres verdades, fundamento de la esperanza que no defrauda: *Dios es omnipotente, Dios me ama inmensamente, Dios es fiel a las promesas*. La Biblia es el testimonio escrito de la Palabra divina, de la historia de la Salvación y, de una persona, Jesucristo, Palabra de Dios hecha carne, hombre, historia. A lo largo de 73 libros, que es uno solo, descubrimos el testimonio de multitud de hombres y mujeres que confiaron en Dios, que acogieron su amor, que pusieron su esperanza en Dios y en sus promesas. Y no fueron defraudados, vivieron con la paz y la alegría que nace de saberse siempre amados por Dios, aun en medio de la tribulación y de las caídas.

Y, de manera singular, conocemos a Jesús. *“Toda la Escritura divina es un libro y este libro es Cristo, <porque toda la Escritura divina habla de Cristo, y toda la Escritura divina se cumple en Cristo>* (Hugo de San Víctor)”[[1]](#footnote-1). Él es nuestra esperanza (ref. 1 Timoteo 1, 1). *“Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo”* (Hebreos 1, 1-2). En Biblia se recoge por escrito el proyecto de amor, creador, redentor y santificador, de Dios con los hombres. Nos muestra ese plan de Salvación a través del pueblo elegido, Israel. Al llegar la plenitud de los tiempos, la Palabra eterna y divina se hace carne y asume un rostro: Jesucristo. En el Hijo de Dios se da la totalidad de la Revelación. Él nos dice quién es Dios, cómo nos ama, cuál es su deseo amoroso al crearnos y liberarnos del mal del pecado, qué vida nos corresponde según su designio de amor, la que nos hace felices en la tierra y es anticipo y preparación de la vida eterna, para qué cuenta con cada uno... Cristo ilumina con sus palabras y acciones la entera trama de la historia de la salvación y manifiesta su coherencia, su sentido, su propósito. Precisamente, porque en el centro de la Revelación está Jesús, el fin último del conocimiento de la Biblia no está *“en una decisión ética o una gran idea, sino en el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”*[[2]](#footnote-2). Gracias a la lectura asidua de la Escritura crece la amistad con Cristo, para que sea nuestro *leitmotiv*, sea el motivo central recurrente de la obra de nuestra vida.

***Encontrarse con Cristo a través de la Biblia***

Son muchas las personas que han recuperado la esperanza a través de una Biblia, caída en sus manos de manera fortuita, aparentemente. Te relato la historia de Nasser[[3]](#footnote-3). Este francés, desde joven había llevado una vida difícil inmersa en la delincuencia y acabó preso. Ya recluso, su vida se hizo insoportable. Una noche escuchó una voz interior que le decía que estaba sufriendo sin sentido, que nunca había hecho nada bien y que nadie le esperaba fuera de la cárcel. Esa ‘voz’ le ofreció una solución, “la libertad absoluta”, dejar de sufrir a través del suicidio. Decidió hacerlo en cuanto pudiera. Pero al día siguiente ocurrió un hecho especial: *“después del paseo, oí pasos y una llave y un guardia me pidió que me acercara porque ‘alguien estaba allí’. Él era un capellán que iba por las celdas. Debía tener unos sesenta años y nunca olvidaré sus ojos llenos de bondad y caridad. Me dio la mano y nos miramos* (las palabras eran inútiles porque no nos preguntamos si a alguien en mi situación le va bien) *y me dio una Biblia. La tomé y continuamos mirándonos fijamente”*.

Nasser continua su testimonio, *“cuando se fue tenía la Biblia en la mano. Me senté en la cama y empecé a leer. La lectura se prolongó durante todo el día y los días siguientes. Descubrí el Nuevo Testamento, sobre todo la vida de Nuestro Señor”*. Desechó suicidarse, y su vida tuvo un sentido nuevo. Procuraba llevar lo que leía en el Nuevo Testamento a su existencia de presidiario. Y así fue hasta que cumplió su condena. Al salir de la prisión decidió bautizarse. *“Hoy en día doy gracias todos los días por esta visita inesperada en un momento tan oscuro de mi vida”*. Nasser reconoce ser una persona nueva. *“El Señor me recogió del fondo del abismo y me ofrece una segunda vida, una nueva vida. Ahora llevo una vida ‘normal’ y puedo decir que estoy muy feliz, guiado diariamente por mi fe en Aquel que es tan bueno y misericordioso”*.

La Biblia ha sido escrita para todos, para cada uno. Dios nos ha hecho capaces de escuchar y responder a su Palabra, en ella nos habla y viene a nuestro encuentro, en ella nos revela nuestra verdadera identidad de hijos suyos. De ese coloquio con Dios, surge la amistad con Jesús. Qué importante es revivir esa experiencia de san Agustín: *“Nos hiciste, ¡oh Señor!, para Ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Ti”*. Solo Dios sacia la sed que hay en el corazón de todo hombre. En Él encontramos la luz y la fuerza para afrontar los problemas de la vida cotidiana. Repetidamente, el Papa nos anima a tener a mano los Evangelios y leerlos a diario. *“Jesucristo llama a nuestra puerta a través de la Sagrada Escritura; si escuchamos y abrimos la puerta de la mente y del corazón, entonces entra en nuestra vida y se queda con nosotros”*[[4]](#footnote-4). De esa presencia de Jesús en nuestra vida depende la felicidad.

***Gracias a Dios, se ha avanzado mucho, pero...***

Son muchas las iniciativas en marcha para hacer accesible la Palabra de Dios. Inicialmente se trataban de publicaciones sencillas, de bolsillo, que ofrecían el evangelio de la Misa del día, con comentarios. Con el desarrollo digital de la última década, a lo que ya se editaba en papel, se han sumado abundantes páginas webs, aplicaciones para dispositivos móviles, que a través de las redes sociales se difunden llegando a muchas más personas. También se han publicado nuevas ediciones de la Biblia, con traducciones más actuales, y que se puede descargar en el móvil o la tableta, o adquirir en papel.

Es un motivo de acción de gracias. Sin duda supone una inestimable ayuda para incorporar a nuestra rutina diaria la lectura (a veces es un audio) de la Palabra de Dios, en especial, los Evangelios. Pero para que esta lectura sea un encuentro con Jesús, y aprovechemos los inmensos bienes que contiene, es necesario cuidar los detalles, para que no se convierta en una “rutina”, escasa en amor a Dios y pobre en consecuencias.

***1º Contar con el Espíritu Santo***

Sería el primer consejo, importante. Una preparación próxima para la lectura fructuosa de la Escritura es invocar al Espíritu Santo. Acudirá en nuestra ayuda, abrirá nuestra mente para comprender el sentido vivo y profundo de las palabras que leemos, consolará o alertará nuestro corazón, y fortalecerá nuestra voluntad para vivir según sus inspiraciones. Pidamos esa unción espiritual: *“Concede, Señor, a tu siervo, un corazón atento”* (1 Reyes 3, 9); *“Purifica mi corazón y abre mi inteligencia para que lea la Palabra de Dios con fruto”* o similar. Recordemos que *“toda la atención prestada a la palabra de Dios por sí sola no es suficiente. Sobre ella debe descender «la fuerza de lo alto»”*[[5]](#footnote-5), como en Pentecostés. San Jerónimo (s. IV), autor de la traducción de la Biblia al latín, partiendo del griego y hebreo, estaba firmemente convencido de que *“no podemos llegar a comprender la Escritura sin la ayuda del Espíritu Santo que la ha inspirado”*. Ya que *“Él mismo que ha creado las palabras de los santos testamentos, él mismo las desvela”*, enseñaba san Gregorio Magno.

***2º “Abrirle la jugada” a Jesús***

San Antonio[[6]](#footnote-6), abad, se quedó huérfano alrededor de los 20 años. Sus padres eran campesinos acaudalados. Bautizado, conocedor de las Escrituras, meditaba cómo los apóstoles lo habían dejado todo para seguir al Salvador, y cómo, según narran los Hechos de los apóstoles, muchos vendían sus posesiones y ponían el precio de venta a los pies de los apóstoles para que lo repartieran entre los pobres; pensaba también en la magnitud de la esperanza que para éstos estaba reservada en el cielo*.* Imbuido de estos pensamientos, entró en la iglesia, y dio la casualidad de que estaban leyendo aquellas palabras del Señor en el Evangelio*:* *"Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme"* (Mateo 19, 21)”. Quedó tocado por la gracia y entendió esas palabras dichas especialmente para él. Hizo donación a los lugareños de las posesiones heredadas de sus padres (tenía trescientas parcelas fértiles y muy hermosas), vendió sus posesiones y repartió una gran parte de lo obtenido de la venta a los pobres. Días más tarde, en otra asamblea en la iglesia, escuchó esas palabras del Señor: *"No os agobiéis por el mañana"* (Mateo 6, 34). Saliendo otra vez, dio a los necesitados incluso lo poco que se había reservado. A partir de ese momento, trabajaba con sus propias manos, ya que conocía aquella afirmación de la Escritura: *“El que no trabaja que no coma”* (2 Tesalonicenses 3, 10)*;* lo que ganaba con su trabajo lo destinaba parte a su propio sustento, parte a los pobres. Oraba con mucha frecuencia, ya que había aprendido que es necesario retirarse para “*ser constantes en orar”* (1 Tesalonicenses 5, 17). Su fama de santidad atrajo a numerosos discípulos, a los que ayudó a vivir su vida espiritual en el desierto, en soledad. Así fundó la vida eremítica.

*“¿Quieres aprender de Cristo y tomar ejemplo de su vida? –Abre el Santo Evangelio, y escucha el diálogo de Dios con los hombres..., contigo”[[7]](#footnote-7).* Ojalá nos acerquemos a los Evangelios con esa confianza (*cum fide*) de los santos y de tantos cristianos. Cuando escuchamos o leemos la Palabra de Dios estamos con Jesús y nos habla. *“Cierto día estaba el Señor en casa de un fariseo llamado Simón. Y le interpeló Jesús: Simón, una cosa tengo que decirte”* (Lucas 7, 40). Cristo vive y tiene siempre algo que decirnos, a cada uno en particular. Él es el Maestro. Fe, pues. Una fe humilde, que manifieste el deseo auténtico de conversión. Abrirle la jugada a Jesús, permitirle que nos diga las cosas, sin miedo a que ese diálogo desenmascaré lo que no va, el pecado, nuestras faltas, nuestras omisiones…. Saltan las sorpresas y hay versículos que reclaman un cambio, una conversión. La lectura asidua de la Biblia tiene un efecto liberador y benéfico pues, poco a poco, la Palabra de Dios llega a habitar en nosotros, hablándonos y llenándonos de confianza, de visión sobrenatural, de realismo… de alegre esperanza. Dios está por nosotros, no contra nosotros. Es el garante de nuestra grandeza.

***3º Es prudente quien pone en práctica lo que escucha***

*Tasha Danvers-Smith* consiguió la medalla de bronce de los 400 metros vallas femeninos en los Juegos Olímpicos de Pekín (2008) registrando la mejor marca de toda su carrera. Tiene una historia: en el 2004 era la atleta inglesa con mejor marca, estaba convocada para los juegos de Atenas y tenía posibilidades reales de estar en el pódium. Tres meses antes de la competición, renunció a asistir: había descubierto que estaba embarazada de su marido, que a la vez era su entrenador. Todo le presionaba: amigos, ambiente… una gran seguridad económica (era la que aportaba más a casa), pero no abortó. En el *Daily Telegraph* declaró: *“Para mí lo más grande en el mundo eran los juegos olímpicos de Atenas, pero en mi cabeza se repetía ese pasaje de las Sagradas Escrituras: <¿De qué nos sirve ganar el mundo si perdemos el alma?>* (ref. Mateo 16, 26)*”.*

Esta mujer actuó como describe Jesús: *“El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca”* (Mateo 7, 24). Las palabras de Jesús son la roca firme sobre la cual fundar la vida. *“Al abrir el Santo Evangelio, piensa que lo que allí se narra –obras y dichos de Cristo– no sólo has de saberlo, sino que has de vivirlo. Todo, cada punto relatado, se ha recogido, detalle a detalle, para que lo encarnes en las circunstancias concretas de tu existencia. –El Señor nos ha llamado a los católicos para que le sigamos de cerca y, en ese Texto Santo, encuentras la Vida de Jesús; pero, además, debes encontrar tu propia vida”[[8]](#footnote-8)*. No leemos las Escrituras para estar enterados, sino para construir la vida sobre este cimiento que permanece siempre: *“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”* (Mateo 24, 35). Para encontrar la respuesta: *¿Qué tenemos que hacer?* (ref. Hechos 2, 37).

***4º Una lectura “ordenada”, de “a pocos”, saboreándola***

Es cierto que el producto al uso es el Evangelio del día, pero no renunciemos a leer la Escritura como se lee normalmente, empezando por el principio y llegando al final... de cada uno de los 73 libros. Puestos a empezar, lo mejor es hacerlo por el Nuevo Testamento, y, en concreto, por los cuatro Evangelios que son el corazón de todas las Escrituras, por ser el principal testimonio de la vida y palabras de Jesús(ref. Catecismo de la Iglesia n. 125). Un versículo, detrás de otro. Y, de a pocos, como decía Plinio: *“Non multa sed multum”*; no muchos versículos, sino unos pocos bien leídos, para facilitar la asimilación. Metiéndonos en las escenas. Preguntándonos: ¿qué me dice el Señor en lo que he leído? ¿qué le digo al Señor como respuesta a su Palabra? ¿qué conversión de la mente, del corazón y de la vida me pide el Señor?

***5º Un texto adecuado***

Elegir una edición de la Biblia bien traducida y que incluya buenos comentarios, será una gran ayuda para entender correctamente los textos. No perdamos de vista que, *“para descubrir la intención de los autores sagrados, es preciso tener en cuenta las condiciones de su tiempo y de su cultura, los "géneros literarios" usados en aquella época, las maneras de sentir, de hablar y de narrar en aquel tiempo”[[9]](#footnote-9)*, muy lejano y diferente al nuestro. Por eso, que existan introducciones y comentarios, sean acertados y congruentes con la Tradición y el Magisterio de la Iglesia, es un criterio para elegir una Biblia.

***Conclusión: “¿Quieren hacerme feliz? ¡Lean la Biblia!”***

Estas palabras del Papa pueden servirnos de cierre. *«Trata de leer el evangelio por lo menos cinco minutos al día. Verás que cambia tu vida»* (Tweet del Papa Francisco del 15 de julio de 2018). Aconsejaba san Ambrosio*: “Recoge el agua de Cristo* (…)*. Llena de esta agua tu interior, para que tu tierra quede bien humedecida* (…)*; y una vez lleno, regarás a los demás”*. Bastarán 5 minutos cada día, todos los días de nuestra vida, de lectura de la Escritura para asegurar el agua que da vida. Tendremos la vida de Cristo *"en la cabeza y en el corazón, de modo que, en cualquier momento, sin necesidad de ningún libro, cerrando los ojos, podamos contemplarla como en una película; de forma que, en las diversas situaciones de nuestra conducta, acudan a la memoria las palabras y los hechos del Señor”*[[10]](#footnote-10)*.* Que mejor momento para adquirir esta costumbre, o vivirla mejor, que este Año Jubilar.

1. Catecismo de la Iglesia n. 134 [↑](#footnote-ref-1)
2. Benedicto XVI, encíclica *Deus caritas est*, n. 1 [↑](#footnote-ref-2)
3. Su testimonio está en [*https://www.religionenlibertad.com/testimonios/161106/iba-suicidar-celda-cuando-aparecio-capellan\_40588.html*](https://www.religionenlibertad.com/testimonios/161106/iba-suicidar-celda-cuando-aparecio-capellan_40588.html) [↑](#footnote-ref-3)
4. Francisco, carta apostólica *Aperuit illis* n. 8 [↑](#footnote-ref-4)
5. Cantalamessa, predicador de la Casa Pontificia, 1ª predicación de Cuaresma del 2022. [↑](#footnote-ref-5)
6. Nació en *Heracleópolis Magna*, ciudad romana en Egipto, a mediados del s. III. Su vida nos ha llegado por la obra “Vida de Antonio” de su discípulo san Atanasio. [↑](#footnote-ref-6)
7. San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Forja* n. 322. [↑](#footnote-ref-7)
8. San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Forja* n. 754. [↑](#footnote-ref-8)
9. Catecismo de la Iglesia n. 110. [↑](#footnote-ref-9)
10. San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa* n. 107. [↑](#footnote-ref-10)